

Sepias de Ifach.

La mole calcárea del peñón de Ifach es testigo de las andanzas de unos animales extraordinarios.

Una de sus capacidades es enturbiar el agua con un chorro de tinta cuando se siente amenazado, para confusión de sus depredadores.

Además de las obvias diferencias morfológicas, los moluscos con patas en la cabeza, que es lo que significa *cefalópodo*, se distinguen de otros moluscos por su capacidad de natación activa. En el caso de las sepias, el movimiento de las aletas que rodea el manto es el mecanismo principal.

Otra de las capacidades de las sepias es la de lograr un mimetismo casi perfecto con el medio.

Son capaces de provocar abultamientos del tegumento, que imitan la textura y la forma de los guijarros.

Y también de adoptar un aspecto amenazante que asustaría a cualquier monstruo mitológico con solo levantar y retorcer un par de tentáculos, que ahora parece cuernos afilados.

Pero las sepias invierten tanto esfuerzo en defenderse como en atacar, ya que son depredadoras glotonas.

El camuflaje y la vista son dos de sus mejores armas. En realidad lo que ocurre es que los cefalópodos tienen un cerebro mucho más desarrollado y funcional de lo que su posición en el árbol evolutivo haría pensar.

Aunque hay momentos en la vida en la que todos los animales parecen iguales.

La sepia no planifica su dieta ni sabe de moderación.

Al encontrar otra presa, no ha vacilado en lanzarse sobre ella y tratar de ingerirla, pero no ha calibrado bien su capacidad.

Lo intenta una y otra vez; y una y otra vez fracasa.

Tras pasar el día enterrada en la arena, es la hora de su sigilosa ronda nocturna. Los tentáculos detectan algo enfrente. Una vez más, combinará discreción y sorpresa, inteligencia y fuerza, que en las dosis adecuadas son las mejores virtudes de los grandes cazadores.

Los tentáculos superiores erectos advierten de que la sepia va de caza.

Saca el brazo y ¡zas! Con una técnica solo mejorada por los vaqueros del salvaje oeste, la sepia ha echado el lazo. Mientras sujeta la presa con los ocho tentáculos cortos, unas poderosas mandíbulas en forma de pico de loro se encargarán de triturarla.

Y vuelta a la tranquilidad de la arena. Nunca se sabe dónde hay una sepia, salvo que adopte la coloración atigrada que los machos usan como reclamo sexual. Engalanarse para acaparar la atención durante un rato es bastante frecuente en el reino animal. Y los ojos delineados y con color no parece que los haya inventado la especie humana.

Pero si no va a haber encuentro, o si ya se ha producido, la presencia de congéneres suele ser un incordio.

Defender el territorio no es tarea menor. En ella se aplican las sepias con casi todos sus recursos, aunque la actitud es muy diferente de la que adoptan para cazar. A fin de cuentas, el invasor tiene las mismas armas y sabe tanto como el invadido.

Nada con las aletas, usa el sifón para propulsarse, puede que lleguen a echar la tinta. En sus entre dos y tres años de vida, la sepia usará repetidamente todos esos prodigios de la evolución biológica que la especie humana ha tardado mucho en imitar o en saber usar.